

El comienzo de una pasión eterna

Por **Erika Tempfli**, alemana



“Cuando era niña, Erika soñaba con ir a Cuba. Era su máxima fantasía y consideraba esta isla como el verdadero ‘paraíso en la tierra’. Por eso trabajó mucho tiempo en una tienda para juntar el dinero necesario para el viaje. Exactamente un día después de terminar el bachillerato, esta cientista política tomó sus maletas y cogió un avión al Caribe, sin saber lo que le esperaba: muy joven, sola, ingenua, sin experiencia en el extranjero y sin saber una palabra de español. Un gran desafío...”

Luego de aterrizar en Varadero, estaba totalmente agotada y busqué un colectivo para llegar a La Habana. Encontré uno y empecé a hablar inglés con el taxista. Me di cuenta que no entendía ni una palabra. Él señaló con un gesto a su pecho y dijo: “Delfín”. Yo pensé que él quería llevarme al show de delfines en Varadero, pero sólo tenía la intención de presentarse. Ni se me ocurrió que Delfín pudiera ser un nombre masculino. Así pasaron varios minutos, como la escena de una comedia, con él repitiendo “Delfín” y yo “¡no, no, no, La Habana!”.

En la capital tenía una reserva de tres días en un hotel cerca de la playa. Quedé impresionada con las casas coloniales en la Habana Vieja. En aquella época, comenzaron a renovar los edificios históricos. Visité la Catedral San Cristóbal, el Castillo de los Tres Reyes

del Morro y por supuesto, el Malecón. Este lugar me pareció hermoso y tiene la avenida más bella del mundo, con una vista sobrecogedora del mar y llena de vida, sobre todo al caer la tarde.

Como quería ver más que la capital, empecé a planear el viaje. Deseaba recorrer toda la isla, ir a las ciudades más grandes, las playas más bonitas y acudir a los lugares históricos. Tenía ideas bien concretas de lo que quería ver, pero

no tenía ni idea de cómo llegar a estos sitios.

Consideré alquilar un coche. Entonces mi “guía turística” (es decir, mi libro) me indicó que había muchos

problemas para conseguir gasolina. Pensé viajar en bus, pero mi “guía” me informó que no había un sistema que recorriese toda la isla.

El tren me pareció la única solución, pero tratar de comprender los horarios sin saber castellano, ¡me pareció imposible! En ese

“ADEMÁS DE LA NATURALEZA, LAS CIUDADES Y LA HISTORIA, ME EMOCIONÓ LA GENTE. NUNCA EXPERIMENTÉ TANTA CALIDEZ, SINCERIDAD, FRANQUEZA Y ALEGRÍA”

Notas:



¡ME ENCANTA EL ESPAÑOL!

momento me sentí fracasada, desamparada y tan sola como nunca en mi vida.

Luego hice lo único que podía en esta situación: me senté en el bar del hotel y bebí un mojito tras otro. Debí dar la impresión de estar bastante desesperada, porque un hombre se acercó y me preguntó en perfecto alemán: “¿Qué pasa? Te puedo ayudar?”. No sé cómo supo que era alemana. Estaba tan sorprendida y feliz por sus palabras, que abracé al desconocido.

Con este encuentro, comenzó la solución a mis problemas y una amistad intercultural. Se llamaba Roberto, tenía 35 años y trabajaba como guía para una agencia de viajes. Le conté mi dilema y él me hizo una propuesta: “Mañana partimos con un grupo de alemanes a una gira por toda la isla y si quieres puedes acompañarnos, tenemos asientos libres en el bus”. Al día siguiente, partí con ellos a ver toda la isla.

Conocí lugares hermosos e interesantes como el Valle Viñales, donde crece el mejor tabaco del mundo. Ahí fumé el primer puro de mi vida: un Cohiba, por supuesto. Estuve en ciudades interesantes como Trinidad, declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

Trinidad es una ciudad mágica ubicada en el centro del país. Me impresionaron su arquitectura colonial, museos e iglesias. La otra ciudad que me encantó fue Santiago de Cuba, donde se escucha excelente música por todos lados. ¡Nunca en mi vida he estado en un lugar con tanta vida musical! Ahí aprendí mis primeros pasos de salsa y tuve mi primer contacto con la música cubana.

En Cuba se puede encontrar por todos lados un pedazo de historia: visité la tumba de José Martí y el mausoleo y museo de Ernesto “Che” Guevara. Caminé por Santa Clara donde el Che tuvo su victoria decisiva. También conocí los bares frecuentados por Ernest Hemingway y bebí sus tragos favoritos. Estuve en lugares históricos como Playa de Girón y Sierra Maestra.

Pienso que no hace falta describir la belleza de las playas del Caribe. Las arenas más blancas que uno puede imaginar y el mar que cambia de colores entre azul, turquesa y un verde esmeralda inolvidable. Muy sobrecogedor. Imaginaba el verdadero paraíso y creo que Cuba va más allá de eso...

Además de la naturaleza, las ciudades y la historia, me emocionó la gente. Nunca antes experimenté tanta calidez, sinceridad, franqueza y alegría.

Gracias a Roberto, tuve la oportunidad de conocer muchos cubanos y pisar lugares donde nunca ha estado un extranjero.

Él me presentó a su familia y amigos, que vivían en circunstancias modestas y, sin embargo, fueron muy generosos. Fui testigo de mucha pobreza en Cuba, pero también una inmensa solidaridad y disposición a ayudar.

Roberto me llevó a discotecas donde el personal discutía si debían dejar entrar a una “gringa”. La escena cuando me enseñó los primeros pasos de salsa, quedó grabada para siempre en mi memoria. La gente dejó de bailar y me miraba como a una extraterrestre. Me imagino que nunca habían visto bailar a una alemana. ¡Tan torpe como un palo!



Hasta hoy, el recuerdo me causa carcajadas.

Las tres semanas pasaron volando y me despedí de Roberto. Lloraba porque también tenía que despedirme de mi “paraíso personal”. Fue un viaje que cambió mi punto de vista y también mi vida. Al regresar a Alemania, aprendí castellano en la universidad e hice planes para conocer más países de América Latina, pero esa es otra historia.

“ADEMÁS DE LA NATURALEZA, LAS CIUDADES Y LA HISTORIA, ME EMOCIONÓ LA GENTE. NUNCA EXPERIMENTÉ TANTA CALIDEZ, SINCERIDAD, FRANQUEZA Y ALEGRÍA”

Notas:

